

Memoria y matices

Repensando el conflicto palestino-israelí más allá de la historia



Crédito: Shutterstock

Francisco Núñez Díaz

Programa de Estudios Generales,
Facultad de Comunicación

doi: <https://doi.org/10.26439/piedepagina2024.n012.7110>

El 7 de octubre del año pasado, mientras concluía mis clases en la universidad, empecé a leer las noticias sobre los acontecimientos en Israel. Ese día, durante el *sabbat*, miles de militantes palestinos iniciaron un ataque multifacético contra civiles israelíes: la operación Inundación de Al-Aqsa. Esta ofensiva, encabezada por Hamás y apoyada por la yihad palestino-islámica, se dirigía contra asentamientos civiles, incluyendo kibutz, ciudades y un festival de música. Los medios ofrecían cobertura en tiempo real y la condena internacional se manifestó rápidamente. La respuesta de Israel fue inmediata, lo que desató una guerra que confrontó al mundo.

Como profesor del curso Globalización y Procesos Interculturales, tangencialmente he abordado con mis estudiantes el conflicto

palestino-israelí. Sus preguntas no se hicieron esperar, así como los debates en redes sociales. La cuestión recurrente giraba en torno de quién tiene la razón en esta guerra. Entonces, intentar justificar acciones que, aunque parezcan reivindicativas, revelan nuestra dificultad para abordar conflictos entre pueblos, buscando constantemente la demostración de la existencia de “buenos” y “malos”.

Al reflexionar sobre cómo nos posicionamos respecto al derecho o a la justicia, surgen preguntas sobre la legitimidad en el uso del espacio y quiénes tienen más derecho a reclamar un territorio sobre la base de quién llegó primero a dicho territorio. Esta perspectiva, desde mi posición de historiador, resulta reveladora. La historia, en su intento de objetividad,

puede arrojar luz sobre los derechos históricos de los pueblos, pero también debe reconocer que la legitimidad y el derecho sobre un territorio no se pueden determinar únicamente por quién ocupó primero un espacio. Los conflictos territoriales, especialmente aquellos tan arraigados y complejos como el palestino-israelí, requieren de la consideración cuidadosa de una multitud de factores que incluye, y sin limitarse, a derechos históricos, necesidades actuales, seguridad, justicia y viabilidad política.

Frente a lo afirmado, la historia nos enseña que los territorios han sido ocupados, reocupados y gobernados por diferentes pueblos a lo largo del tiempo. La solución no radica en determinar quién tiene más derecho histórico, sino en encontrar un camino hacia la convivencia pacífica y el respeto mutuo, considerando las narrativas, necesidades y derechos de todos los involucrados.

El abordaje del conflicto entre Israel y Palestina trasciende la mera explicación histórica, ya que en el corazón del asunto yacen “las historias de cada pueblo”, las cuales son inherentemente discordantes entre sí. Estas narrativas, forjadas a través de siglos de tradición, religión y experiencia vivida, ofrecen perspectivas fundamentalmente distintas sobre la tierra, la identidad y el derecho. Cada una está imbuida de significados profundos y emociones arraigadas, lo que las hace no solo diferentes sino, a menudo, opuestas. Este choque de historias no solo complica la comprensión de los orígenes y el desarrollo del conflicto, sino que también plantea desafíos significativos para su resolución. Por lo tanto, cualquier intento de abordar este conflicto requiere de una consideración cuidadosa de las narrativas en conflicto, con el fin de buscar puntos de entendimiento y reconciliación sin minimizar la validez y el dolor inherente a cada relato.

Es importante detenernos a pensar en las diferencias que pueden existir entre la historia como disciplina académica y la construcción de la memoria histórica de cada pueblo. La relación

entre la historia y la memoria histórica, especialmente en contextos de conflictos profundamente arraigados como el que existe entre Israel y Palestina, subraya la complejidad de reconciliar narrativas históricas con las vivencias y memorias personales y colectivas. Ambas, la historia y la memoria histórica se ocupan del pasado, pero lo hacen desde ángulos distintos que, a menudo, divergen en sus enfoques y propósitos, y ofrecen diferentes perspectivas sobre eventos y periodos históricos.

La historia, en su búsqueda de objetividad, se esfuerza por comprender y explicar el pasado a través de la investigación crítica y el análisis de fuentes. Su objetivo es construir una narrativa basada en evidencia que idealmente sea lo más objetiva posible. Para ello recurre a documentos y otras fuentes primarias y secundarias para reconstruir los eventos y procesos del pasado. Los historiadores buscan patrones, causas y consecuencias, y se preocupan por situar los eventos dentro de contextos más amplios para comprender mejor las dinámicas sociales, económicas, políticas y culturales.

Por otra parte, la memoria histórica refleja cómo grupos, sociedades e individuos recuerdan y conmemoran el pasado. A diferencia de la historia académica, la memoria histórica está profundamente arraigada en la subjetividad, la identidad y la emoción. Es selectiva y se enfoca en eventos específicos que tienen un significado particular para una comunidad o grupo. Estos recuerdos pueden ser celebrados, conmemorados o lamentados a través de rituales, monumentos, prácticas culturales y narrativas personales o colectivas. También son dinámicos, pues cambian con el tiempo bajo la influencia de los contextos políticos, sociales y culturales.

El caso de Israel y Palestina ilustra claramente cómo la historia y la memoria histórica pueden confrontarse y, al mismo tiempo, definir la identidad y la percepción de legitimidad de cada pueblo. La memoria colectiva de Israel está profundamente marcada por el Holocausto (Sznajder, 2013), un cataclismo histórico que ha

dejado una huella imborrable en la conciencia nacional, que ha modelado no solo la identidad del país, sino también su política de seguridad y su percepción de las amenazas externas. Este trágico evento, que resultó en el genocidio sistemático de seis millones de judíos por parte de la Alemania nazi, se ha convertido en un pilar fundamental en la justificación de la necesidad de un refugio seguro para el pueblo judío. Esta memoria colectiva ha influenciado de manera significativa tanto en la política interna como en la externa de Israel, lo que ha impregnado las decisiones de política exterior y las estrategias de seguridad nacional con un imperativo de nunca más permitir tal vulnerabilidad ante el exterminio.

La conmemoración del Holocausto en Israel trasciende al simple recuerdo, se ha integrado en el tejido mismo de la educación y de la cultura israelíes. Instituciones como Yad Vashem, el memorial oficial del Holocausto en Jerusalén, junto con el Día de Recordación del Holocausto (Yom HaShoah), sirven como recordatorios constantes de la persecución que sufrió el pueblo

judío. Estas conmemoraciones no solo honran a las víctimas, sino que también subrayan la importancia crítica de la autodeterminación judía, lo que refuerza la legitimidad y la necesidad del Estado de Israel como hogar nacional y refugio seguro para los judíos de todo el mundo (Sznajder, 2013).

Sin embargo, la memoria del Holocausto se entrelaza complejamente con la celebración de la independencia y la creación del Estado de Israel en 1948. La declaración de la independencia israelí es vista no solo como el cumplimiento de un sueño sionista, sino también como una afirmación de soberanía y autodefensa en el contexto de una historia de persecución. Esta dualidad de la memoria colectiva—el recuerdo del inmenso sufrimiento durante el Holocausto y la celebración de la subsiguiente soberanía y autodeterminación— refleja las complejidades de la identidad israelí. La tensión entre estos dos polos ha configurado una narrativa nacional donde la seguridad y la supervivencia son consideradas como imperativos ineludibles, arraigados en la experiencia histórica de amenaza y aniquilación.

Crédito: Shutterstock



La solución de los dos Estados, representada en el reconocimiento internacional de las dos banderas, es una propuesta con cada vez mayor acogida en el mundo.

Por otro lado, como lo mencionan Saadi & Abu-Lughod (2017), la memoria colectiva palestina está indeleblemente marcada por la *Nakba*, un término árabe que significa ‘catástrofe’ y que se refiere a los eventos de 1948, que resultaron en el desplazamiento masivo y la expropiación de tierras de cientos de miles de palestinos con la creación del Estado de Israel. Este profundo trauma no es simplemente un recuerdo del pasado, es una herida abierta que sigue influyendo en la identidad, la política y la lucha por la autodeterminación del pueblo palestino.

La *Nakba* representa no solo la pérdida física de la tierra, sino también una pérdida existencial de un modo de vida, de comunidades y de una conexión ancestral con el lugar. Este evento catastrófico ha sido transmitido de generación en generación, tanto entre los palestinos que viven en la diáspora, dispersos por todo el mundo, como entre aquellos que permanecen en los territorios ocupados. La memoria de la *Nakba* es mantenida viva a través de narrativas familiares, prácticas culturales, literatura, arte y educación, que sirven como un recordatorio constante de la injusticia sufrida y como un llamado a la justicia y la reparación. Esta memoria colectiva se ve reforzada por la continua experiencia de desposesión, asedio y discriminación, lo que alimenta la persistencia de la lucha palestina por los derechos civiles, nacionales y el derecho inalienable al retorno, según lo estipulado en varias resoluciones de las Naciones Unidas.

Los palestinos conmemoran la *Nakba* no solo como un evento histórico puntual, sino como una realidad continua que ha definido y sigue definiendo la política, la sociedad y la cultura palestina. La fecha de la *Nakba* es el 15 de mayo y se evoca cada año con ceremonias, eventos educativos y actos de resistencia, subrayando su importancia no solo como un momento de luto, sino también como un acto de afirmación política y cultural.

La memoria de la *Nakba* desafía las narrativas que buscan legitimar el desplazamiento y la expropiación de tierras, presentando en

cambio una narrativa de resistencia, resiliencia y la demanda inquebrantable del derecho al retorno. Esta demanda no solo se basa en el deseo de recuperar propiedades físicas, también es un llamado a la restauración de la dignidad, la identidad y los derechos fundamentales del pueblo palestino. La insistencia en el derecho al retorno es también una afirmación de la continuidad histórica y cultural palestina, frente a los intentos de borrar su presencia y derechos sobre la tierra.

Por lo tanto, la memoria de la *Nakba* juega un papel crucial en la conformación de la identidad palestina contemporánea que infunde en las generaciones jóvenes un sentido de pertenencia y una conexión inquebrantable con su historia y sus reivindicaciones. Al mismo tiempo, esta memoria es una fuente de tensión y conflicto, ya que se enfrenta a narrativas contrapuestas sobre la historia y el derecho a la tierra en la región. Estas memorias no solo coexisten, sino que a menudo chocan, lo que alimenta un ciclo de victimización y legitimidad mutuamente excluyente. En el ámbito educativo y cultural, por ejemplo, las narrativas históricas enseñadas refuerzan estas percepciones de victimización, mientras que, en el ámbito político, se traducen en políticas y reivindicaciones que chocan frontalmente. La continua violencia y las políticas que perpetúan la separación y deshumanización del otro solo intensifican esta confrontación de memorias.

A pesar de las diferencias, la historia y la memoria histórica son complementarias. La memoria aporta significado y relevancia personal y colectiva al pasado, mientras que la historia proporciona el contexto crítico y el análisis que pueden enriquecer la comprensión de ese pasado. Reconocer la interacción entre la historia y la memoria histórica es esencial para comprender cómo el pasado influye en el presente y cómo los individuos y las sociedades interpretan su propio lugar dentro de la historia.

En el contexto del conflicto entre Israel y Palestina, explorar tanto la historia como la memoria histórica puede ofrecer caminos

hacia la reconciliación y la comprensión mutua. Esto implica reconocer la multiplicidad de experiencias y perspectivas sobre el pasado, no con el objetivo de adjudicar culpas o derechos basados en la historia, sino de entender cómo estas memorias han moldeado las identidades, percepciones y aspiraciones de cada pueblo. Utilizar la memoria histórica como una herramienta para fomentar el diálogo y buscar soluciones justas que reconozcan las narrativas y necesidades de ambos pueblos podría ser el primer paso hacia la construcción de puentes de empatía y entendimiento, esencial para cualquier esfuerzo de paz duradero.

La paz en el contexto palestino-israelí requiere más que un acuerdo político o territorial, exige una reconciliación profunda que aborde las raíces históricas y emocionales del conflicto. La reconciliación puede ser entendida como un proceso que busca construir o reconstruir relaciones, basado en el respeto mutuo, el reconocimiento de las injusticias pasadas y

el compromiso hacia la coexistencia pacífica. Este proceso implica desafiar las narrativas exclusivas de la memoria histórica y fomentar una comprensión más inclusiva del pasado, que reconozca el sufrimiento y las aspiraciones de todos los involucrados. En este sentido, la educación juega un papel crucial, pues ofrece una oportunidad para enseñar una historia más matizada que refleje las complejidades del conflicto y las historias de ambas partes.

REFERENCIAS

- Saadi, A., & Abu-Lughod, L. (2017). *Nakba. Palestina, 1948, y los reclamos de la memoria*. Editorial Canaán; CLACSO; Embajada del Estado de Palestina en la República de Argentina.
- Sznajder, M. (2013). Del estado-refugio al estado-conflicto: el holocausto y la formación del imaginario colectivo israelí. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 49(200), 25-48. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2007.200.42562>